





NOVELISTA EDWARDS
Concepción realista-naturalista

JORGE EDWARDS

Conversación bajo toque de queda

□ Una visión del mundo que no se enriquece ni se profundiza: sólo se amplía horizontalmente

Los convidados de piedra, por Jorge Edwards. Sala Riera, Barcelona, 1978. 364 pp.

En el jardín de una casa santiaguina —en uno de los días que siguen al 11 de septiembre de 1973—, un grupo de amigos cumple el rito anual de reunirse a comer. Los liga tanto la identidad de clase como el haber pasado los veranos de la infancia en un balneario que desde su fundación y por muchas décadas, se consideró feudo de una minoría.

En la novela el balneario se llama La Punta; en la topografía real, Zapallar. La conversación de los invitados tiene como tema rememorar aspectos de aquella vida, episodios notables y, con ello, el destino de sus disfrutadores más conspicuos, algunos de los cuales, con el tiempo y la marea, se volvieron disidentes respecto a su propia clase. Las voces agregan, completan, comentan o modifican lo que se dice de los ausentes, y del conjunto de estos destinos particulares se va desprendiendo una visión interpretada de la historia social y política de Chile desde Balmaceda.

Los convidados de piedra es la primera novela de Jorge Edwards desde *El peso de la noche* (1965), una invención a dos voces que desarrolla la historia paralela de un adolescente educado en los jesuitas y su tío, un abúlico que se destruye metódicamente en los bares santiaguinos. Como telón de fondo, la familia de ambos que vive aferrada a sus valores mientras la Abuela —digna y senil— proyecta con su agencia un símbolo que no necesita de mayores explicaciones.

Los tópicos que confluyen en *El peso de la noche* venían dándose en los dos libros anteriores de Edwards, *El patito* y *Gente de la ciudad*, y se repetirán, con ciertas variaciones, en *Las mudezas* (1967), otro volumen de cuentos. En todos ellos existe idéntica visión de mundo: juventud sexualmente inhibida, madurez decrepita, valores sociales y morales vacíos y caducos, un examen pesimista que —hacia el tiempo en que aparecieron las obras— hicieron preguntarse de qué modo Edwards podría seguir trabajando en esa misma vena sin caer en la repetición estéril o, lo que es peor, en la autoparodia.

Complicada simplicidad

La pregunta de entonces tiene su respuesta en esta última novela. Edwards no abandona su visión de mundo; en el fondo, no la enriquece ni la profundiza; sólo la amplía horizontalmente. Pasa del monólogo o del dió a la composición polifónica, pero es la misma voz. Introduce cambios dentro de una permanencia.

Aunque estructural y sintácticamente complicada, la novela es simple de contenido y simplista por la visión monocorde de sus personajes, los que a excepción de

dos o tres, resultan figuras intercambiables, siluetas apenas delineadas o, al igual que los "tipos" de las escenas costumbristas, unidimensionales por efecto de un rasgo único, un vicio o una manía. La novela no fatiga por su densidad —que no posee—, sino por la reiteración de lo ya dicho sobre éste o aquel personaje, episodio o situación. Sirviéndose de un lenguaje que opera por acumulación en frases de período largo, Edwards busca obtener mayor realidad de las cosas, profundizando en ellas mediante calificativos, cubriéndolas de rasgos concretos, pero lo que consigue es ofrecer una lectura innecesariamente pesada.

Un eco no lejano

La Punta —objeto de evocación de los comensales— es un espacio que al mismo tiempo de constituir un lugar concreto provisto de rasgos locales reconocibles, se levanta como un símbolo desde el cual el autor abarca la totalidad de un ámbito social con su doble plano burguesía-pueblo (veranantes-pescadores), ricos-pobres, esquema de dudosa verdad al que algunos escritores de la generación del 50 tampoco supieron escapar. Mediante la técnica "polifónica" (múltiples voces que se alternan reconstruyendo sintácticamente varias décadas de la vida nacional), Edwards logra hacer caber en 350 páginas un material que para una novela, donde son respetados el desarrollo cronológico y la disposición ordenada de las acciones, habría necesitado de 500 páginas o más. El recurso está bien usado, pero no es nuevo: su eco llega de una voz no muy lejana: *Conversación en la Catedral*, de Vargas Llosa.

El fantasma naturalista

Pese a los juegos espacio-temporales, a un lenguaje sintácticamente libre y experimental, a la tendencia a distorsionar los perfiles humanos, a un vuelo de la fantasía donde la lógica se subordina gentilmente a las necesidades del relato o a la imaginación de una u otra voz narradora, *Los convidados de piedra* aparece suscribiendo una concepción realista-naturalista en la interpretación del mundo social chileno. Se halla en el extremo de una línea que parte de Blest Gana y Oreggio Luco y pasa por Joaquín Edwards Bello y el José Donoso de *Coronación*.

Los dos primeros describieron la formación y plenitud de la burguesía decimonónica; Edwards Bello la describió dentro del contexto de la crisis del salitre y la Depresión; Donoso y Edwards se dedican a mostrar la última fase del proceso, cerrando el ciclo de un organismo que, en la concepción naturalista, presenta estrecha analogía con los organismos vivos.

Carlos Morand m

640213

Conversación bajo toque de queda. [artículo]

AUTORÍA

Morand, Carlos, 1936-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1978

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Conversación bajo toque de queda. [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile